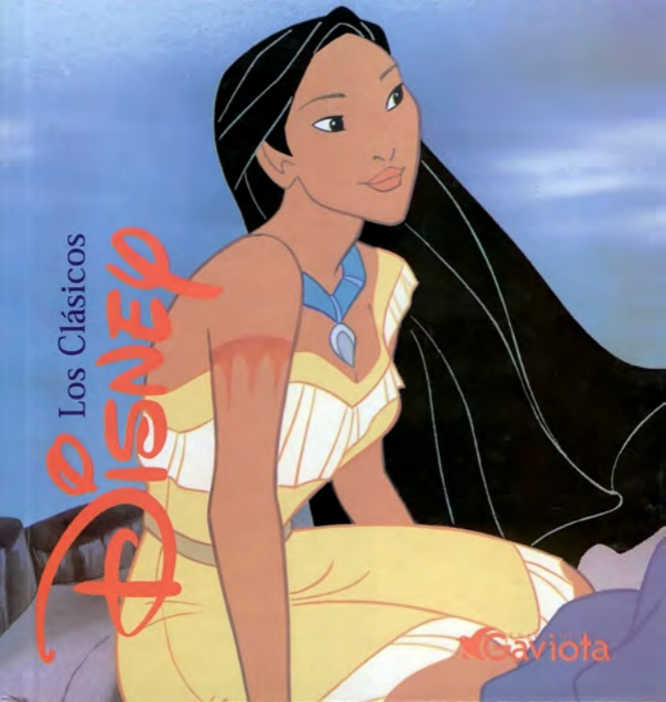


Pocahontas

Los Clásicos

DISNEY

Caviota



Disney

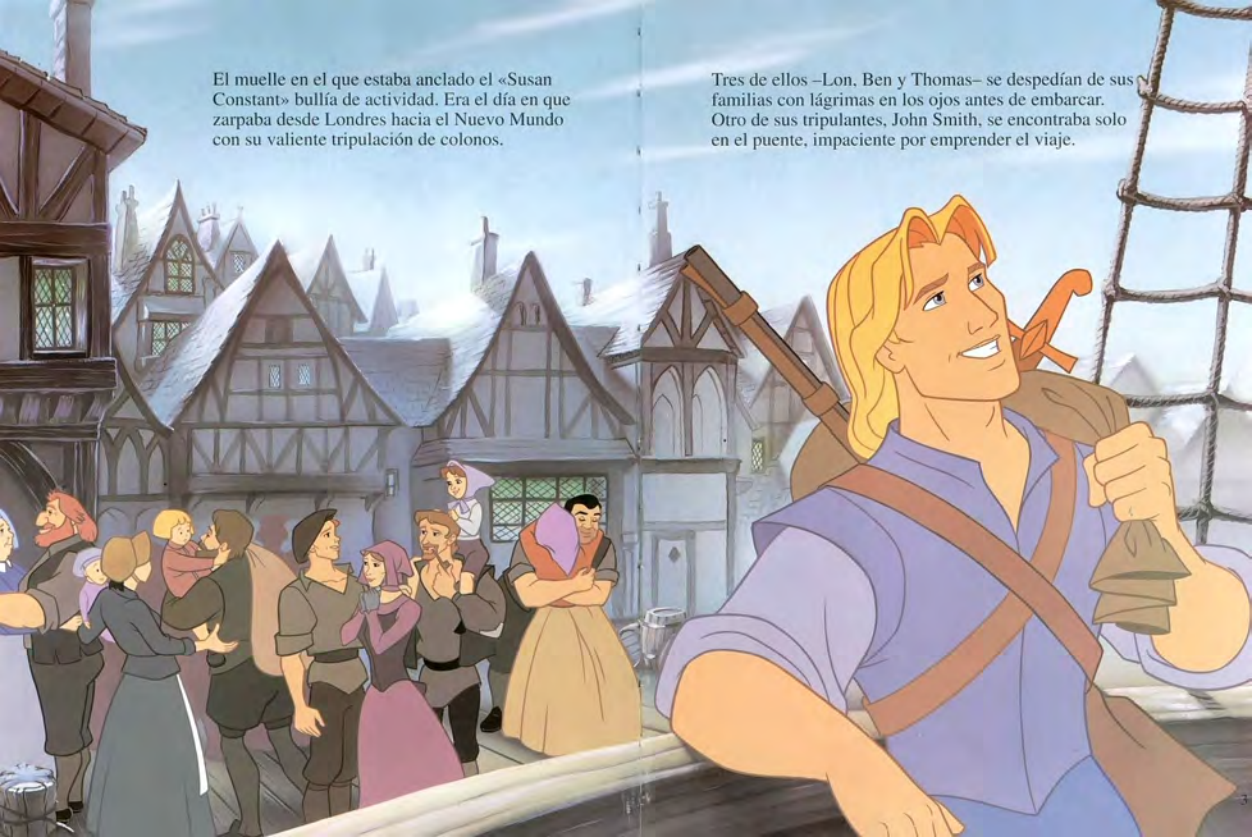
POCAHONTAS



EDICIONES
Gaviota

El muelle en el que estaba anclado el «Susan Constant» bullía de actividad. Era el día en que zarpaba desde Londres hacia el Nuevo Mundo con su valiente tripulación de colonos.

Tres de ellos –Lon, Ben y Thomas– se despedían de sus familias con lágrimas en los ojos antes de embarcar. Otro de sus tripulantes, John Smith, se encontraba solo en el puente, impaciente por emprender el viaje.





El último en aparecer fue John Ratcliffe, el ambicioso gobernador del Nuevo Mundo. Subió al barco seguido por su sirviente Wiggins, que llevaba en brazos al perro de Ratcliffe, un malcriado pug llamado Percy. Muy pronto, el «Susan Constant» izó las velas y se haría a la mar.



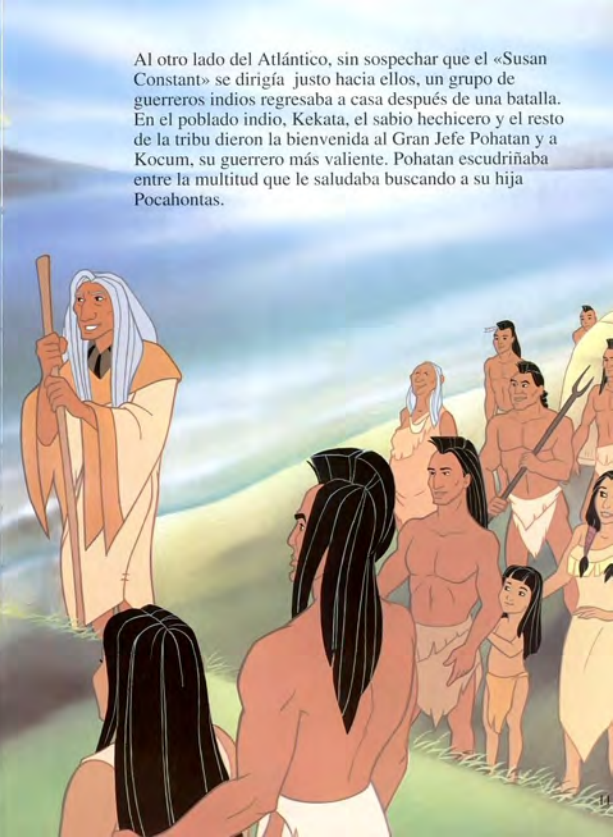
Después de largos meses de navegación, el barco se vio atrapado en una terrible tormenta. Una ola descomunal rompió en el puente y arrastró hacia el agua a Thomas, un amigo de John Smith, como si fuera un simple juguete. –¡Aguantá, Thomas!– gritó John Smith, soportando un nuevo azote del viento embravecido. Mientras el resto de la tripulación permanecía paralizada por el horror, el valiente John Smith ató una cuerda a su cintura y se lanzó al mar. Momentos después, les izaron hasta el barco.



Al oír el alboroto, Ratcliffe apareció en el puente.
—¡No os desaniméis, muchachos! —dijo a los hombres—. Pronto llegaremos al Nuevo Mundo. Y recordad lo que nos espera allí: ¡Libertad!, ¡prosperidad!, ¡y nada, ni siquiera una banda de indios sedientos de sangre, podrá detenernos! Después de decir esto, Ratcliffe regresó a su camarote.
—¡Dejadme los indios a mí! —sonrió John Smith.
—¿Creéis que nos causarán problemas? —preguntó Lon.
—No tantos como Smith les causará a ellos —declaró Ben.



Al otro lado del Atlántico, sin sospechar que el «Susan Constant» se dirigía justo hacia ellos, un grupo de guerreros indios regresaba a casa después de una batalla. En el poblado indio, Kekata, el sabio hechicero y el resto de la tribu dieron la bienvenida al Gran Jefe Pohatan y a Kocum, su guerrero más valiente. Pohatan escudriñaba entre la multitud que le saludaba buscando a su hija Pocahontas.





Como de costumbre, Pocahontas había salido en busca de aventuras con sus dos simpáticos amigos: Miko, un mapache fisgón, y Flit, un colibrí protector. Ágil y veloz, la joven se dirigía hacia su acantilado favorito, junto a la cascada. Mientras miraba el magnífico paisaje, el viento despeinaba sus largas trenzas de pelo negro y brillante. De repente, el silencio se rompió con la voz de Nakoma, su mejor amiga, que la llamaba desde una canoa.

—¡Baja, Pocahontas; tu padre ha vuelto!

—¡Por fin ha regresado, Flit! —exclamó muy contenta, echando a correr por el camino. Miko y Flit ya iban a ir tras ella cuando Pocahontas volvió al extremo del acantilado. Se lanzó de cabeza por el precipicio hacia el remanso al final de la catarata, para así reunirse con Nakoma. Instantes después, un asombrado Miko y un preocupado Flit lograron alcanzarla.





Pocahontas se sumergió en el agua con un ligero chapoteo y desapareció bajo la canoa. Dio un empujón a la embarcación y la volcó, con Nakoma a bordo. Entre risas, las dos jóvenes dieron la vuelta a la canoa y se instalaron en ella.

—¿Qué estabas haciendo ahí arriba? —preguntó Nakoma.

—Pensaba otra vez en ese sueño. Estoy segura de que significa algo, pero no sé qué puede ser —dijo Pocahontas.

—Tal vez deberías preguntárselo a tu padre —sugirió Nakoma.

—Tienes razón —añadió Pocahontas—. ¡Vamos!



Poco después de reunirse con su padre, Pocahontas le contó que su sueño le advertía de que algo excitante iba a suceder. Su padre sonrió:

–En efecto, va a suceder algo excitante –dijo–. Kocum me ha pedido tu mano.

Pocahontas se sobrecogió. Aunque Kocum era un guerrero fuerte y valiente, no se imaginaba casada con él.





–Pero, padre –protestó Pocahontas–: Yo creo que mi sueño me señala otro camino.

Como respuesta, Pohatan entregó a su hija el collar de abalorios que su madre había lucido el día de su boda, muchos años antes. Mientras lo colocaba alrededor de su cuello, le dijo:

–Incluso el arroyo salvaje de las montañas debe unirse un día al gran río tranquilo.

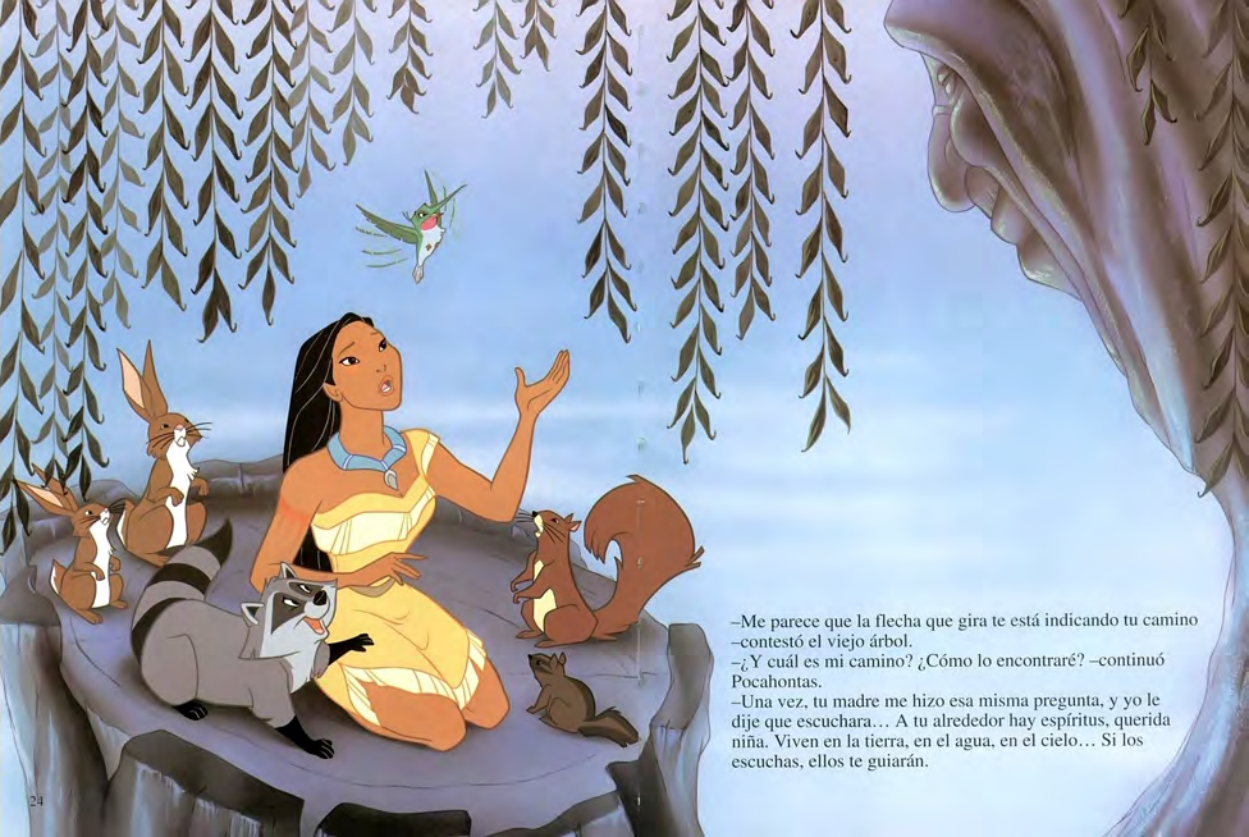
Más tarde, Pocahontas le confesaba a Miko:

–Quiere que yo sea tranquila como el río, pero, para mí, el río no tiene nada de apacible. Se mueve constantemente, y tras cada curva encuentra algo nuevo y excitante.

Sumida en sus pensamientos, Pocahontas llegó a ese claro del bosque tan especial donde vivía la Abuela Sauce, un árbol mágico y muy sabio. La joven india le contó su sueño a su amiga:

–Corro por el bosque –empezó Pocahontas– y, frente a mí, hay una flecha. Gira y gira cada vez más deprisa hasta que, de pronto, se queda quieta. Entonces me despierto. ¿Qué quiere decir esto, Abuela Sauce?





–Me parece que la flecha que gira te está indicando tu camino
–contestó el viejo árbol.

–¿Y cuál es mi camino? ¿Cómo lo encontraré? –continuó
Pocahontas.

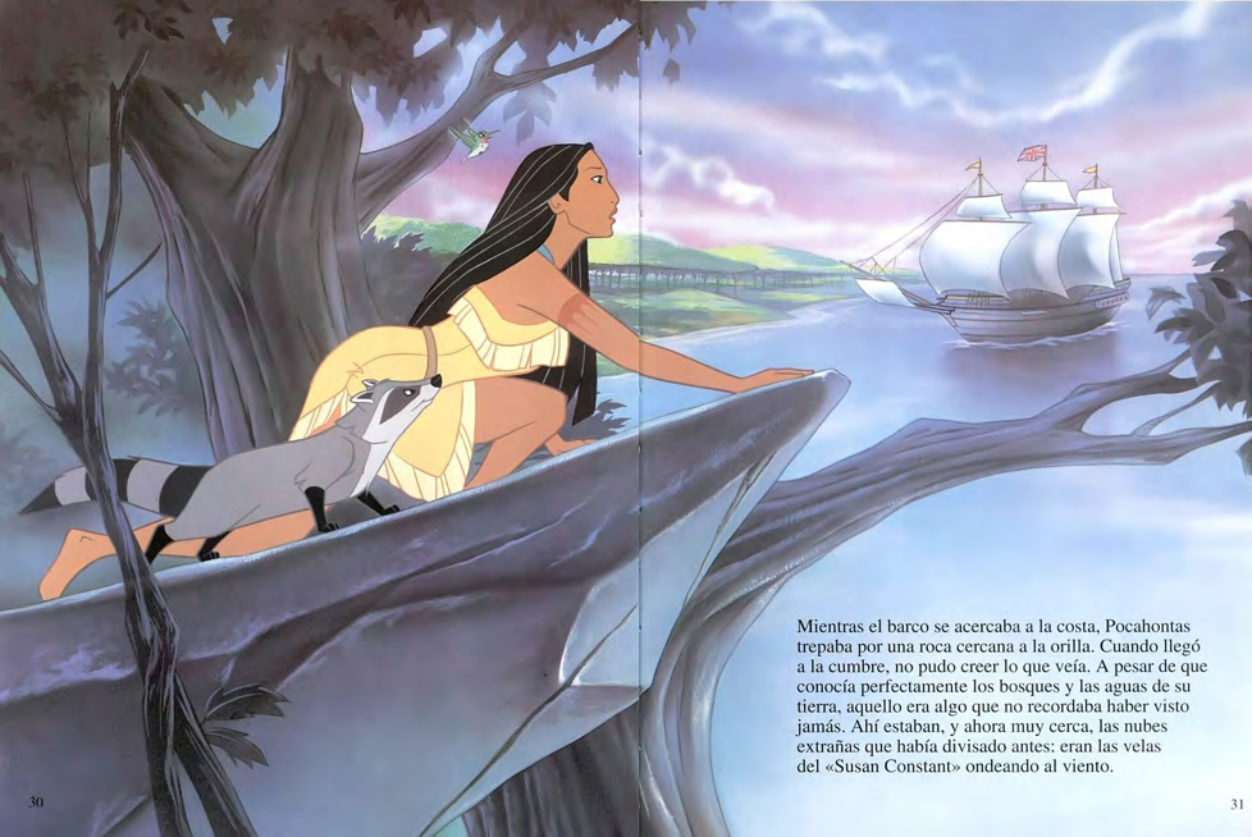
–Una vez, tu madre me hizo esa misma pregunta, y yo le
dije que escuchara... A tu alrededor hay espíritus, querida
niña. Viven en la tierra, en el agua, en el cielo... Si los
escuchas, ellos te guiarán.

En ese momento empezó a soplar una suave brisa que fue haciéndose cada vez más fuerte. Pocahontas trepó hasta las ramas de la Abuela Sauce, intentando escuchar lo que el viento quería decirle. Mientras miraba por encima de los árboles, a lo lejos vio unas extrañas nubes blancas que se movían.





A bordo, Ratcliffe daba instrucciones de última hora a Smith.
-Cuento contigo para que los indios que encontremos no entorpezcan nuestra misión -le dijo Ratcliffe.
-No se preocupe -contestó Smith-. Sabré cómo manejarlos.



Mientras el barco se acercaba a la costa, Pocahontas trepaba por una roca cercana a la orilla. Cuando llegó a la cumbre, no pudo creer lo que veía. A pesar de que conocía perfectamente los bosques y las aguas de su tierra, aquello era algo que no recordaba haber visto jamás. Ahí estaban, y ahora muy cerca, las nubes extrañas que había divisado antes: eran las velas del «Susan Constant» ondeando al viento.



Los colonos acercaban el barco a la costa y echaban el ancla, pero faltaba un hombre de la tripulación. John Smith estaba ya en la orilla, trepando a un árbol para poder ver mejor aquella nueva y magnífica tierra.



Mientras ascendía, sin saberlo se iba acercando al escondite donde se encontraba Pocahontas. Flit estaba preocupado por la proximidad del extranjero, pero Miko no pudo resistir la tentación de acercarse a fisgar, y antes de que Pocahontas pudiera detenerlo, el mapache quedó a la vista.

—¡Vaya tipo más raro! —dijo Smith mientras Miko olisqueaba el bolsillo en el que guardaba la comida. El recién llegado buscó una galleta y se la dio al animalillo. Miko miró hacia el lugar donde se escondían Pocahontas y Flit mientras engullía la galleta con aire triunfante. Smith estaba a punto de acercarse a investigar cuando Flit salió de los arbustos revoloteando en zigzag para distraer al extranjero. Desde abajo llegó el sonido de un clarín que llamaba a Smith para que regresara al barco, y así Pocahontas no fue descubierta... de momento.



Smith llegó justo cuando Ratcliffe clavaba ceremoniosamente la bandera británica en la playa. En realidad, a Ratcliffe no le importaban nada ni el rey Jaime ni la gloria de su Inglaterra natal, sino el oro y las riquezas que podía proporcionarle aquella tierra nueva. Para asegurarse de que nada entorpeciera sus planes, Ratcliffe mandó a Smith a buscar indios en los bosques.



El consejo del poblado indio estaba en plena discusión. Un grupo de guerreros había visto a los rostros pálidos, y Pohatan preguntaba a Kekata el significado de su llegada. El hechicero lanzó al fuego un puñado de pólvora. El humo que salió de las llamas tomó la forma de unos guerreros que empuñaban extrañas armas que lanzaban fuego y truenos. Después, aquellos hombres se convirtieron en lobos salvajes. Pohatan estaba preocupado. —¡Lleva a unos hombres hacia el río para que vigilen! ¡Esperemos que no pretendan quedarse! —le dijo a Kocum.



Mientras exploraba el bosque, John Smith sentía como si no estuviera solo. Tenía razón. Pensando que él se había ido ya, Pocahontas salió de su escondite en la roca al mismo tiempo que Smith avanzaba hacia una cascada muy cerca de ella. Sin ver lo que se movía al otro lado del agua, Smith atravesó la cascada, apuntando su arma hacia Pocahontas.



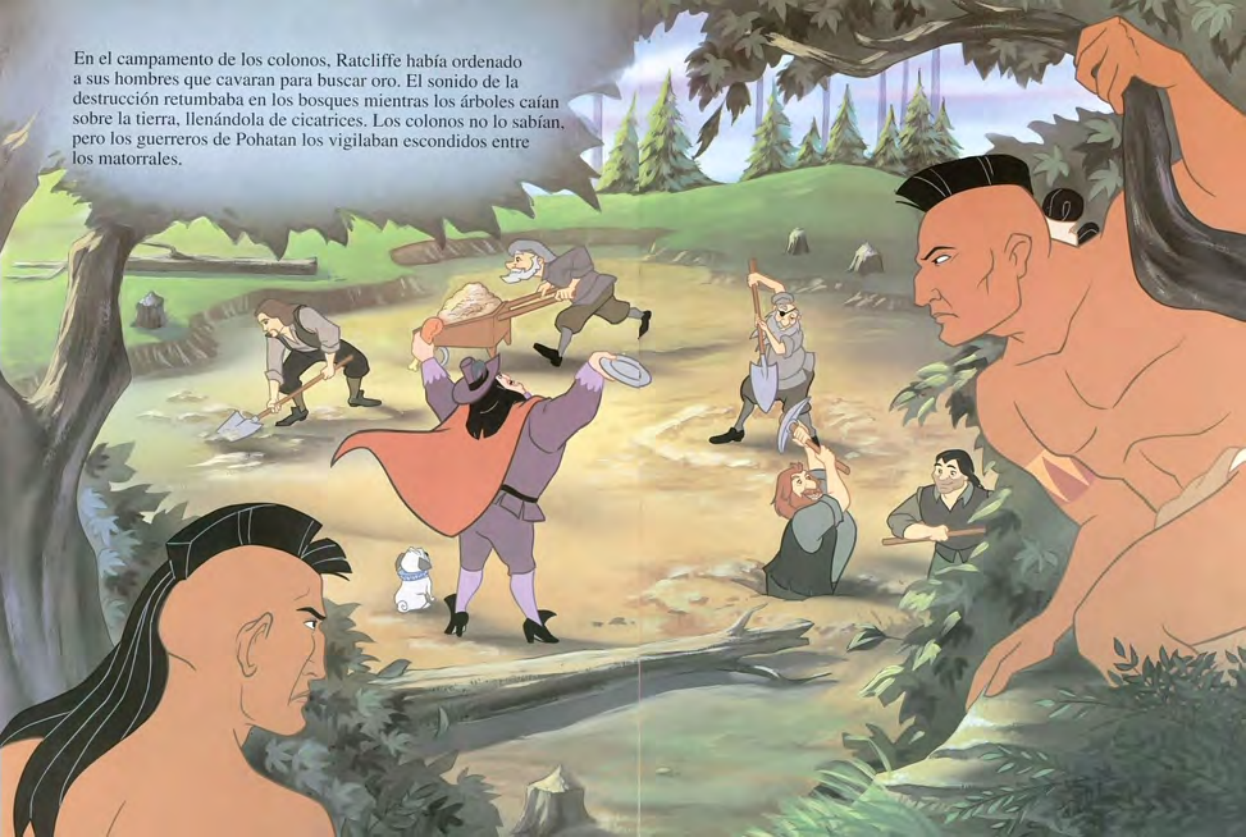


Sus miradas se cruzaron, asombradas, y en ese momento, sus corazones se encontraron. Smith bajó su mosquete y tendió la mano a la encantadora joven que se encontraba frente a él. –¡No! ¡Espera, por favor!... –la llamó, mientras Pocahontas escapaba.

Smith siguió a Pocahontas hasta el río.
—¡No temas! ¡No voy a hacerte daño! —le decía mientras ella subía a su canoa—. Me llamo John Smith. ¿Cómo te llamas tú? Mientras John Smith le tendía la mano, una suave brisa empezó a soplar en torno a ellos, y Pocahontas recordó lo que le había dicho la Abuela Sauce: «Escucha con el corazón las voces a tu alrededor».
Permitió que el extranjero de rostro pálido le ayudara a bajar de la canoa y, cuando se tocaron, una fuerza invisible les impidió separarse.



En el campamento de los colonos, Ratcliffe había ordenado a sus hombres que cavaran para buscar oro. El sonido de la destrucción retumbaba en los bosques mientras los árboles caían sobre la tierra, llenándola de cicatrices. Los colonos no lo sabían, pero los guerreros de Pohatan los vigilaban escondidos entre los matorrales.





En aquel momento, Wiggins lanzó hacia los arbustos el hueso de la chuleta que Ratcliffe estaba comiendo. Percy corrió a buscarlo y al descubrir a los indios, aulló aterrorizado. Aquello hizo que los hombres se lanzaran a buscar sus armas, enzarzándose en una terrible lucha en la que resultó herido Namontack, un valiente guerrero.



Kocum llevó a Namontack hasta la tienda del Jefe Pohatan.
Una vez allí, Kekata se inclinó sobre el herido.
—Es una herida muy extraña —le comentó a Pohatan.
El Jefe miró al valiente
guerrero consumido
por el dolor y se
enfureció. Ordenó a
Kocum que reuniera
a los guerreros de
todas las tribus
para poder luchar
juntos contra el

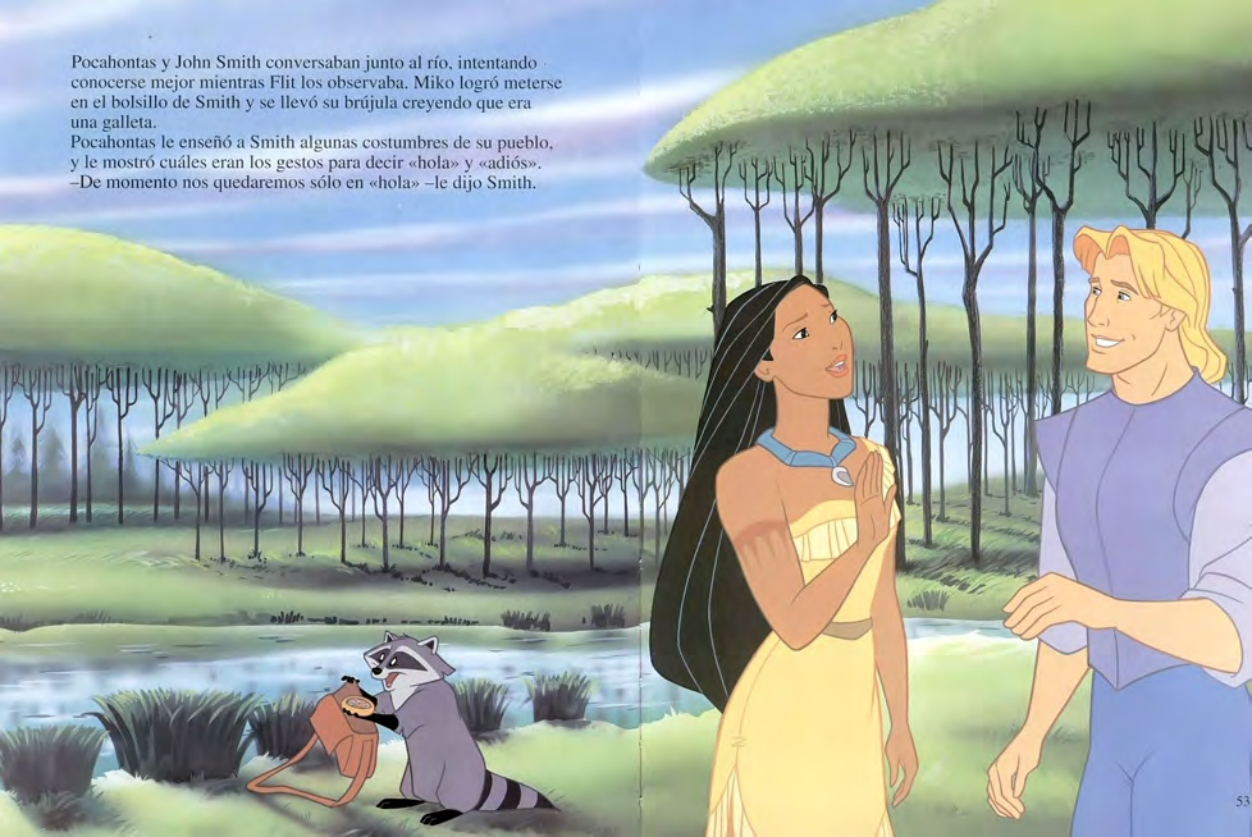
nuevo enemigo:
—¡Esos hombres
blancos son
peligrosos!
—dijo—. ¡Que
nadie se acerque
a ellos!



Pocahontas y John Smith conversaban junto al río, intentando conocerse mejor mientras Flit los observaba. Miko logró meterse en el bolsillo de Smith y se llevó su brújula creyendo que era una galleta.

Pocahontas le enseñó a Smith algunas costumbres de su pueblo, y le mostró cuáles eran los gestos para decir «hola» y «adiós».

—De momento nos quedaremos sólo en «hola» —le dijo Smith.



Cuando Smith le habló de Londres, Pocahontas se dio cuenta de que los colonos pretendían crear una copia de su viejo mundo entre su gente.

—¡Hay tantas cosas que podemos enseñaros! —concluyó Smith—.

¡Hemos mejorado la vida de los salvajes en todo el mundo!

Pocahontas se quedó mirándole sorprendida.

—¿Salvajes?

John Smith intentó encontrar las palabras adecuadas.

—Esto... no he querido decir que tú seas una salvaje.

—Pero los míos, sí, ¿verdad? —dijo Pocahontas.

—Bueno, lo que pretendo decir es que... —siguió Smith.

—Que no somos como «vosotros»

—contestó Pocahontas fríamente.

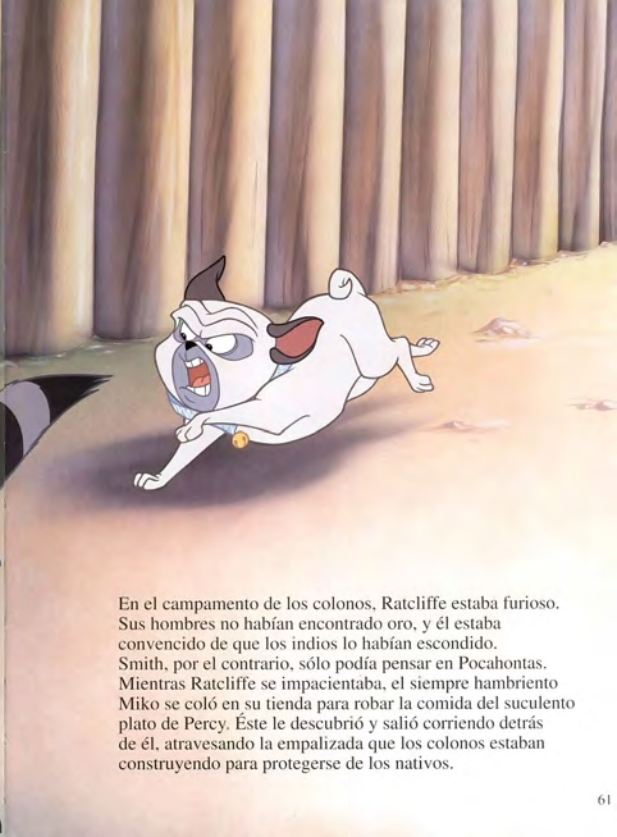


Antes de que pudiera protestar, Pocahontas cogió de la mano a Smith.
—¡Para vosotros, la tierra es algo muerto que podéis poseer! —dijo conduciéndole a través del bosque. Corrieron por los senderos entre los pinos, pasaron cerca de las garzas que volaban en círculos sobre el río azul, y Pocahontas le enseñó que los animales, las plantas, el viento, las nubes y las personas eran algo vivo, y que se necesitaban los unos a los otros.



Mientras el sol brillaba sobre su cabeza y las hojas le protegían de la luz con su sombra, las palabras de Pocahontas llegaron al alma de Smith. Podía ver los colores del viento como ella, y sentir lo que ella sentía: había cambiado para siempre. Pero el sonido de unos tambores resonando a través del bosque acabó con aquel maravilloso momento.
—¡Algo malo sucede en el poblado! —dijo Pocahontas corriendo hacia su casa antes de que Smith pudiera decir nada.





En el campamento de los colonos, Ratcliffe estaba furioso. Sus hombres no habían encontrado oro, y él estaba convencido de que los indios lo habían escondido. Smith, por el contrario, sólo podía pensar en Pocahontas. Mientras Ratcliffe se impacientaba, el siempre hambriento Miko se coló en su tienda para robar la comida del succulento plato de Percy. Éste le descubrió y salió corriendo detrás de él, atravesando la empalizada que los colonos estaban construyendo para protegerse de los nativos.

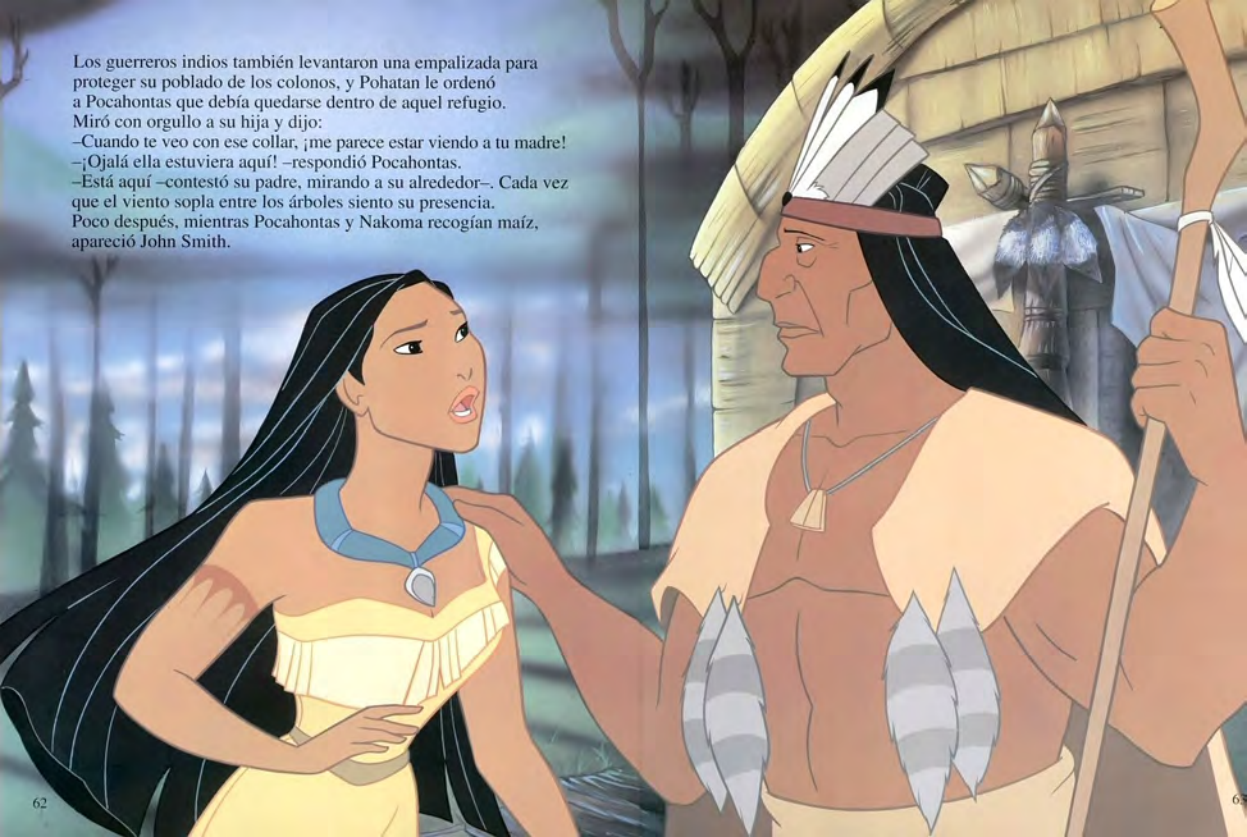
Los guerreros indios también levantaron una empalizada para proteger su poblado de los colonos, y Pohatan le ordenó a Pocahontas que debía quedarse dentro de aquel refugio. Miró con orgullo a su hija y dijo:

–Cuando te veo con ese collar, ¡me parece estar viendo a tu madre!

–¡Ojalá ella estuviera aquí! –respondió Pocahontas.

–Está aquí –contestó su padre, mirando a su alrededor–. Cada vez que el viento sopla entre los árboles siento su presencia.

Poco después, mientras Pocahontas y Nakoma recogían maíz, apareció John Smith.



-¡Deseaba tanto volver a verte! -le susurró Smith a Pocahontas. Nakoma estaba muy asustada. ¿Por qué hablaba Pocahontas con el enemigo?

-¡Por favor, no digas nada de esto! -le pidió Pocahontas a su amiga, mientras desaparecía en el bosque de la mano de Smith.



Pronto llegaron al claro encantado.

—¡Y pensar que hicimos un viaje tan largo sólo para buscar oro! —dijo Smith.

—¿Qué es oro? —preguntó Pocahontas. Cuando Smith se lo explicó, Pocahontas le reveló la sorprendente verdad—: Aquí hay mucho maíz del color del sol para comer.... pero nunca ha habido oro.



De pronto oyeron una voz traída por el viento y la Abuela Sauce surgió de la corteza del viejo árbol. Smith se quedó tan sorprendido que cayó en el regazo de Pocahontas.

—¡Hola, John Smith! —dijo la Abuela Sauce.

—¡Pocahontas, ese árbol está hablándome! —exclamó John Smith tembloroso.



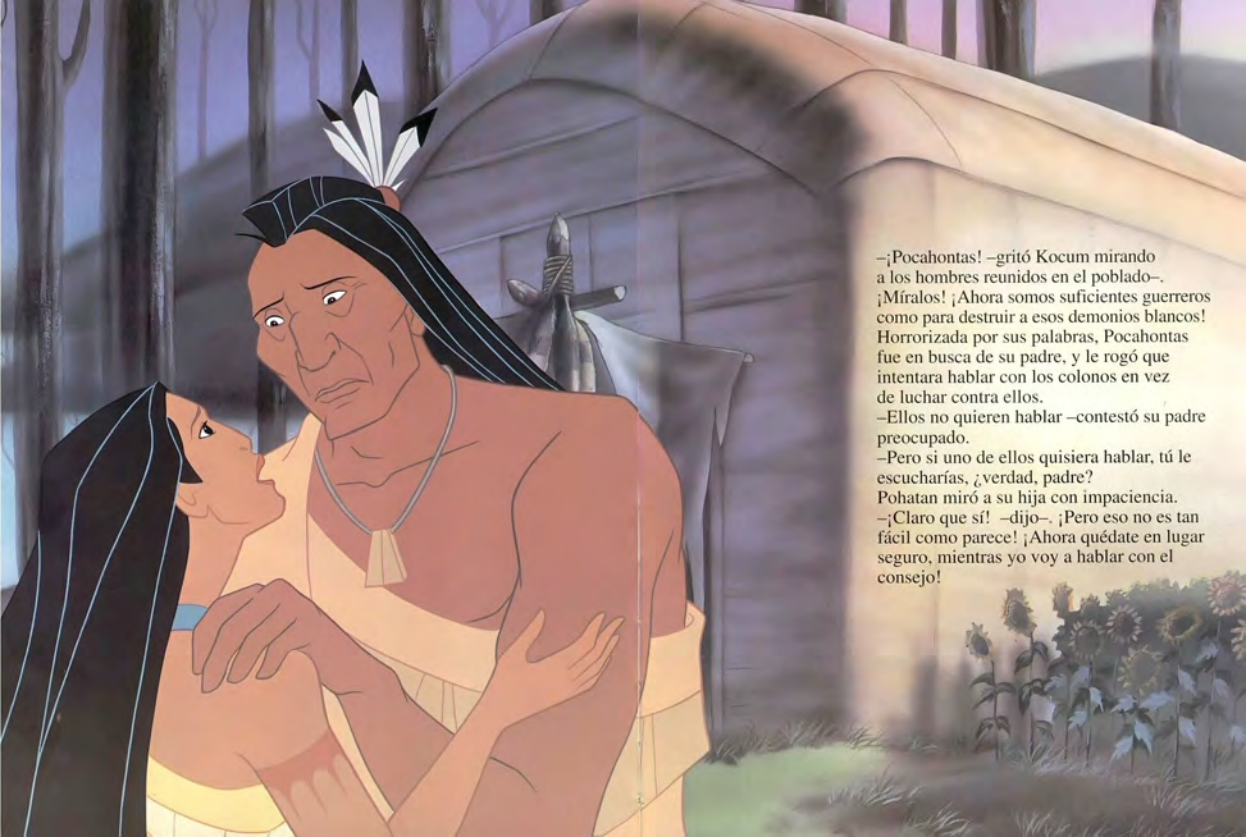
—No tengas miedo, jovencito. No soy ningún espíritu maléfico —bromeó la Abuela Sauce.
Momentos después, Smith y la Abuela Sauce charlaban como dos viejos amigos, y Pocahontas pudo percibir que a la Abuela Sauce le gustaba su nuevo amigo.



—¡Smith! ¿Dónde estás, amigo?—interrumpió Ben mientras avanzaba por el bosque junto a Lon.
Pocahontas y Smith se escondieron detrás de la Abuela Sauce.
—¡Este lugar me produce escalofríos!—dijo Lon.
Entonces, la Abuela Sauce levantó una de sus raíces y le puso la zancadilla a Lon. Los dos ingleses corrieron aterrorizados. Smith se preparó para regresar al campamento.
—¿Cuándo volveré a verte?—le preguntó Pocahontas.
—Esta noche—respondió Smith—. Aquí mismo.
—¡Estaré esperándote!—dijo ella mirándole a los ojos.

Pocahontas vio cómo Smith se alejaba por el bosque.
-Pero, ¿qué estoy haciendo? -preguntó-. No debería hacerlo...
pero quiero volver a verle. Debería quedarme en el poblado y
olvidarme de él, pero algo me dice que lo que hago está bien.
-¡Quizá sea tu sueño! -sugirió la Abuela Sauce.
-¡Mi sueño! -exclamó Pocahontas-. ¡La flecha que giraba
le estaba señalando a él!
La Abuela Sauce sonrió:
-Al parecer, has encontrado tu camino -dijo en voz baja.
Pocahontas pensaba en las palabras
de la Abuela Sauce mientras
caminaba de regreso a casa.





—¡Pocahontas! —gritó Kocum mirando a los hombres reunidos en el poblado—. ¡Míralos! ¡Ahora somos suficientes guerreros como para destruir a esos demonios blancos! Horrorizada por sus palabras, Pocahontas fue en busca de su padre, y le rogó que intentara hablar con los colonos en vez de luchar contra ellos.

—Ellos no quieren hablar —contestó su padre preocupado.

—Pero si uno de ellos quisiera hablar, tú le escucharías, ¿verdad, padre?

Pohatan miró a su hija con impaciencia.

—¡Claro que sí! —dijo—. ¡Pero eso no es tan fácil como parece! ¡Ahora quédate en lugar seguro, mientras yo voy a hablar con el consejo!

Cuando Smith regresó al campamento, Ratcliffe le esperaba impaciente.

—¡Quiero que prepares a los hombres para luchar! —ordenó—. ¡Vamos a acabar con esos salvajes de una vez por todas, y así el oro será nuestro!

Smith intentó convencer a Ratcliffe de que no había oro. Le mostró una mazorca de maíz y le dijo que todo lo que los indios poseían era la comida que podían cambiar por harina y galletas, pero Ratcliffe no quiso ni oír hablar de ello.

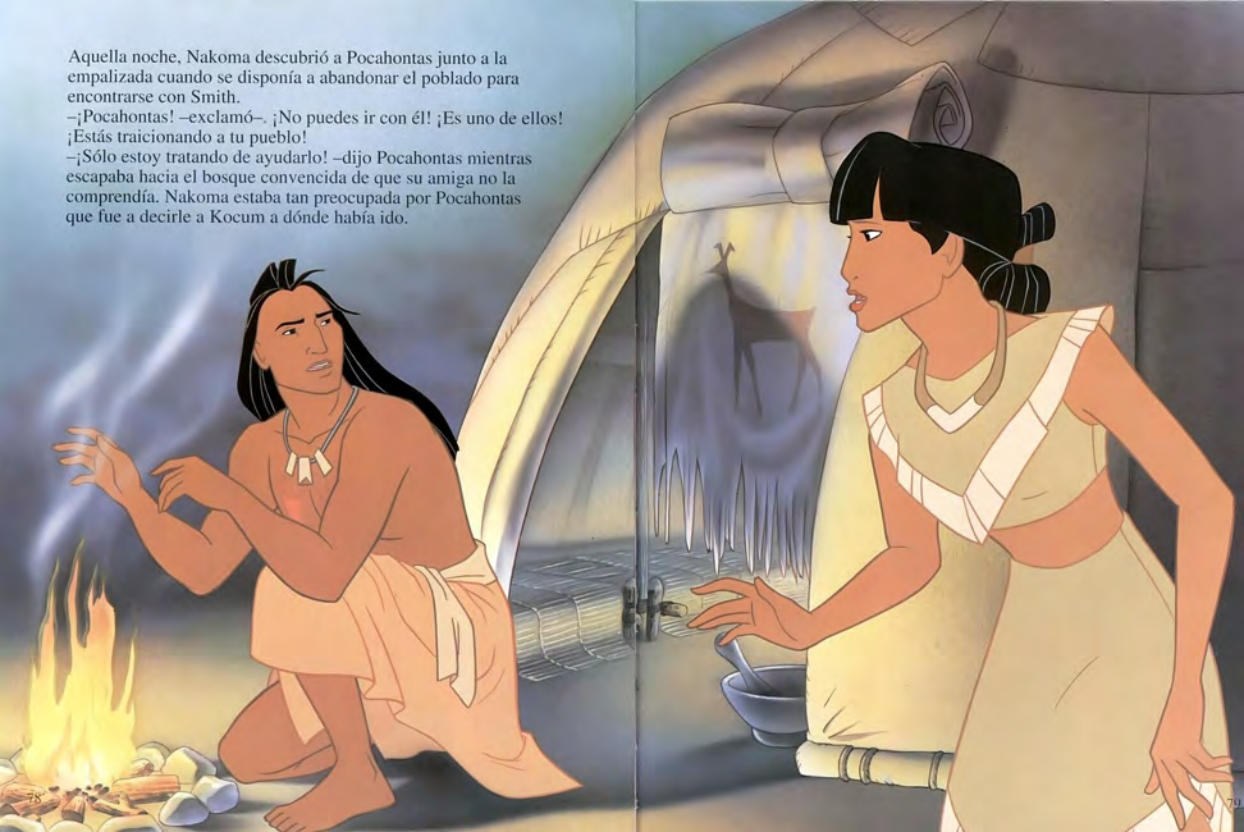
—¡A cualquiera que vea un indio y no acabe con él, se le juzgará y ahorcará por traición! —declaró.



Aquella noche, Nakoma descubrió a Pocahontas junto a la empalizada cuando se disponía a abandonar el poblado para encontrarse con Smith.

—¡Pocahontas! —exclamó—. ¡No puedes ir con él! ¡Es uno de ellos!
¡Estás traicionando a tu pueblo!

—¡Sólo estoy tratando de ayudarlo! —dijo Pocahontas mientras escapaba hacia el bosque convencida de que su amiga no la comprendía. Nakoma estaba tan preocupada por Pocahontas que fue a decirle a Kocum a dónde había ido.



Mientras los suyos se preparaban para la batalla, Smith y Pocahontas llegaron al claro encantado.

-Tal vez no sea demasiado tarde para detener esto -dijo Pocahontas-. ¡Ven conmigo y habla con mi padre!

-Ya he intentado convencer a los míos, pero ¡es inútil!

-protestó Smith.





De repente, Percy apareció en el claro buscando a Miko. Se persiguieron dando vueltas mientras Smith y Pocahontas trataban de separarlos.

—¿Ves lo que quiero decir? Cuando las dos partes quieren pelear, nada puede impedirlo —dijo Smith tristemente.

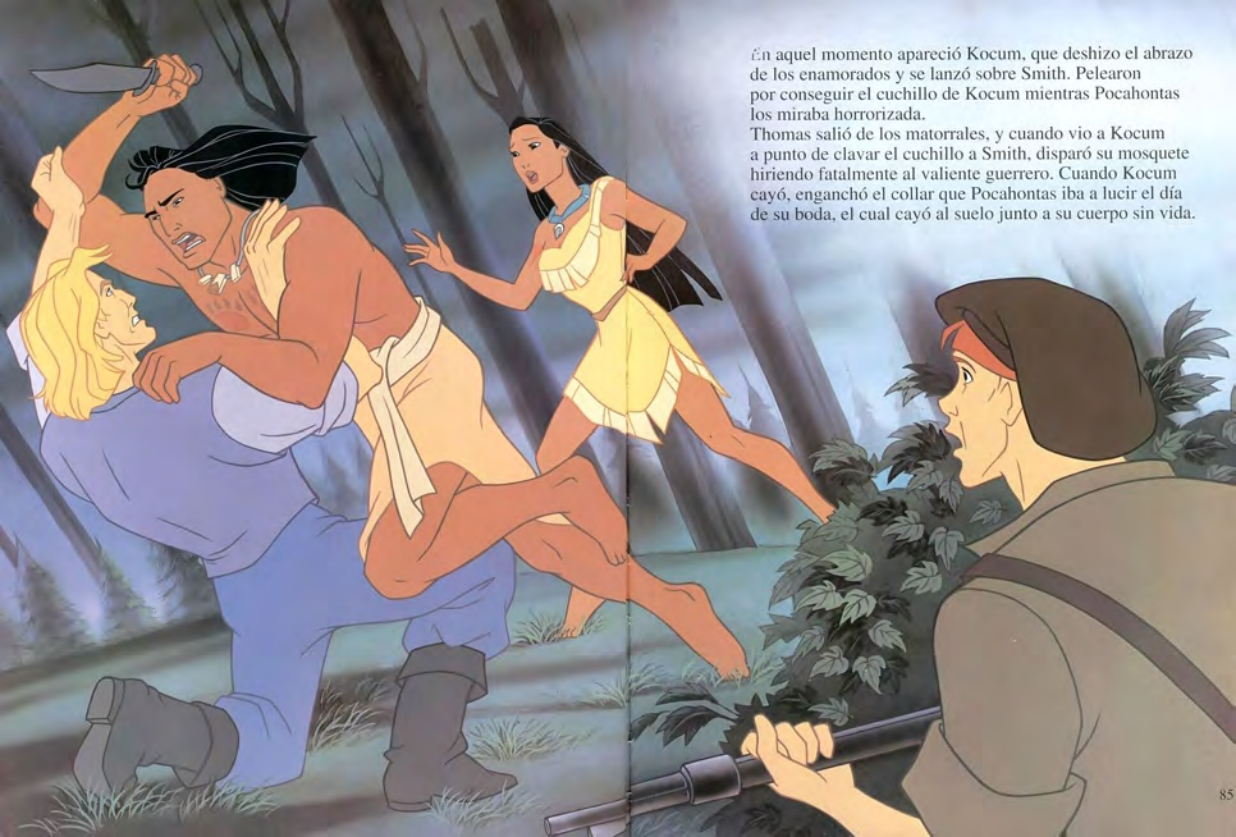
En ese momento apareció la Abuela Sauce, y metió una de sus ramas en el agua.

—Mirad las ondas —dijo dirigiéndose a Smith—. Son pequeñas al principio, pero luego van haciéndose más y más grandes. Alguien tiene que empezar.

Smith comprendió a la Abuela Sauce.

—De acuerdo. Vamos a hablar con tu padre —dijo. Emocionada por su valor, Pocahontas lo abrazó y se besaron tiernamente.





En aquel momento apareció Kocum, que deshizo el abrazo de los enamorados y se lanzó sobre Smith. Pelearon por conseguir el cuchillo de Kocum mientras Pocahontas los miraba horrorizada.

Thomas salió de los matorrales, y cuando vio a Kocum a punto de clavar el cuchillo a Smith, disparó su mosquete hiriendo fatalmente al valiente guerrero. Cuando Kocum cayó, enganchó el collar que Pocahontas iba a lucir el día de su boda, el cual cayó al suelo junto a su cuerpo sin vida.

–¡Vete, Thomas! –gritó Smith cuando un grupo de guerreros se abalanzó sobre ellos. Pocahontas observaba incrédula cómo se llevaban a Smith acusándole de la muerte de Kocum. Ya en el poblado, Pohatan condenó a Smith a morir al amanecer. Cuando Pocahontas protestó, las palabras de su padre sonaron duramente en sus oídos.
–Kocum ha muerto por culpa de tus locuras –le dijo–. Has avergonzado a tu padre.





Smith fue conducido a una tienda en la que debía permanecer solo hasta el día siguiente, pero Nakoma y Pocahontas dijeron a los guardianes que la hija del jefe quería ver al hombre que había matado a Kocum, y les permitieron entrar.

–Hubiera sido mejor no habernos conocido nunca –dijo ella tristemente–. Nada de esto habría sucedido.

–Prefiero morir mañana a vivir cien años sin haberte conocido –protestó Smith.

–No puedo dejarte –susurró Pocahontas.

–Nunca lo harás –contestó Smith–. Suceda lo que suceda, yo estaré contigo para siempre.





Mientras tanto, Thomas había corrido hacia el campamento.
-¡Los indios! -gritó-. ¡Han cogido a Smith!
-¿Lo veis? -dijo Ratcliffe-. Smith trató de convertirse en su
amigo ¡y mirad lo que le ha sucedido! ¡Ya es hora de que los
eliminemos a todos! ¡Debemos rescatar a nuestro hombre!

Pocahontas, muy triste, se dirigió hacia el claro encantado.
—Pensaba que mi sueño me conducía a John Smith —le dijo a la Abuela Sauce—. Pero me equivoqué.
En ese momento, Miko le dio la brújula de John Smith.
Cuando la cogió sucedió algo sorprendente: la flecha giraba y ella supo que aquella era la señal de su sueño.
—Tengo que regresar —dijo emocionada. De pronto, la flecha dejó de moverse.
Pocahontas miró en la dirección que señalaba y vio la luz de la mañana.
—¡El amanecer!
¡Es demasiado tarde!
¿Qué puedo hacer?
—Deja que los espíritus de la tierra te guíen —dijo la Abuela Sauce.





Los colonos, armados y dispuestos para la guerra contra los indios, cruzaron el bosque como un ejército enfurecido. Al mismo tiempo, los indios avanzaban gravemente hacia el lugar de la ejecución. No sabían que los colonos también se aproximaban al acantilado. Parecía que nada podría detener el violento encuentro de los enemigos.

En lo alto del acantilado, los guerreros obligaron a Smith a colocar su cabeza sobre una piedra plana. Cuando el Jefe Pohatan levantaba el hacha para dar el golpe definitivo, los colonos irrumpieron atravesando los matorrales, preparados para abrir fuego.





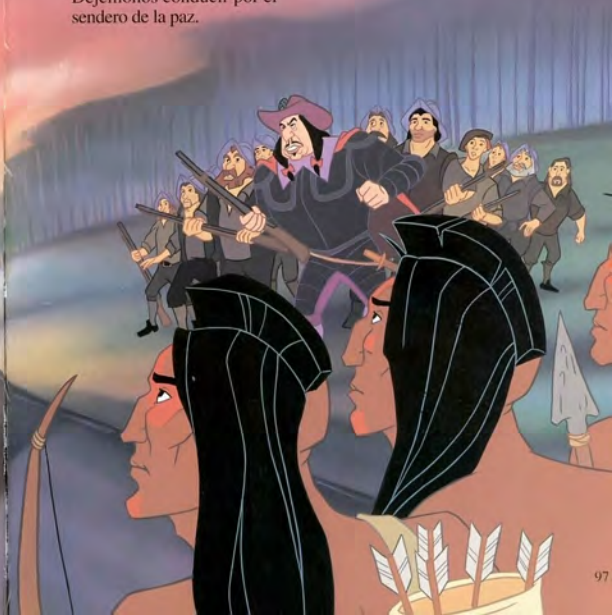
De repente apareció Pocahontas y se lanzó sobre Smith.
-¡No! –gritó-. ¡Si le matas a él, tendrás que matarme también a mí! ¡Hasta esto nos ha conducido el sendero del odio! ¡Tú puedes hacer que todo esto cambie, padre!

El viento comenzó a soplar y Pohatan sintió que el espíritu de la madre de Pocahontas le decía que escuchara las palabras de su hija.

-Pocahontas habla con valor y sabiduría –dijo-.

De hoy en adelante no habrá más muertes.

Dejémoslos conducir por el sendero de la paz.



Los guerreros empezaron a bajar sus armas con desconfianza.
-¡Ésta es nuestra ocasión! -gritó Ratcliffe-. ¡Disparad!
Pero los colonos habían descubierto al fin la enorme ambición
del gobernador y bajaron sus armas. Desesperado, Ratcliffe cogió
un arma y disparó a Pohatan.

Al darse cuenta de lo que iba a suceder, Smith se lanzó sobre
el Jefe Pohatan y lo derribó. Así la bala que iba dirigida al indio
alcanzó al valiente Smith. Los colonos se enfurecieron.

-¡Apresadlo! -gritó Ben, mientras Lon y él mismo atrapaban
a Ratcliffe. Inmediatamente, el gobernador fue encadenado
y encerrado en el barco.





John Smith permanecía tumbado en una camilla mientras el «Susan Constant» se preparaba para regresar a Inglaterra. Pocahontas apareció en el campamento seguida del Jefe Pohatan, Nakoma y el resto de la tribu. Llevaban mantas y maíz para los colonos.

Thomas se acercó a Pocahontas.
-Su única oportunidad de vivir es regresar.
Si se quedara aquí, moriría-le dijo.
Pocahontas se arrodilló junto a Smith.
-¡Toma! -le dijo, entregándole una bolsita-.
Es corteza de la Abuela Sauce. Te calmará el dolor.
Pohatan se acercó y colocó su manto sobre Smith:
-Siempre serás bienvenido entre nosotros. Gracias,
hermano mío -dijo suavemente.



En ese momento llegaron Miko y Flit.
Traían el collar de la madre de Pocahontas,
y se lo colocaron con gran cariño a la joven.
Smith miró a Pocahontas.

—¿Vienes conmigo? —preguntó.

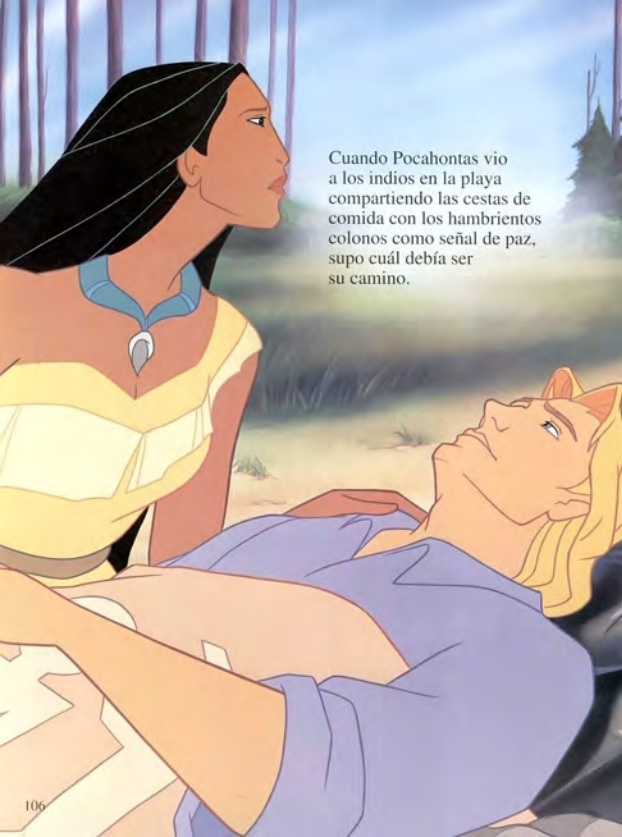
—Pocahontas, la guerra se detuvo gracias a ti.

Si te marchas... —suplicó Nakoma.

Pocahontas se volvió hacia su padre.

—Debes elegir tu propio camino —dijo
Pohatan.





Cuando Pocahontas vio a los indios en la playa compartiendo las cestas de comida con los hambrientos colonos como señal de paz, supo cuál debía ser su camino.



Sus lágrimas le expresaron su decisión a John Smith mejor que sus palabras. Se quedaría para ayudar a forjar la unión entre su pueblo y los hombres blancos.

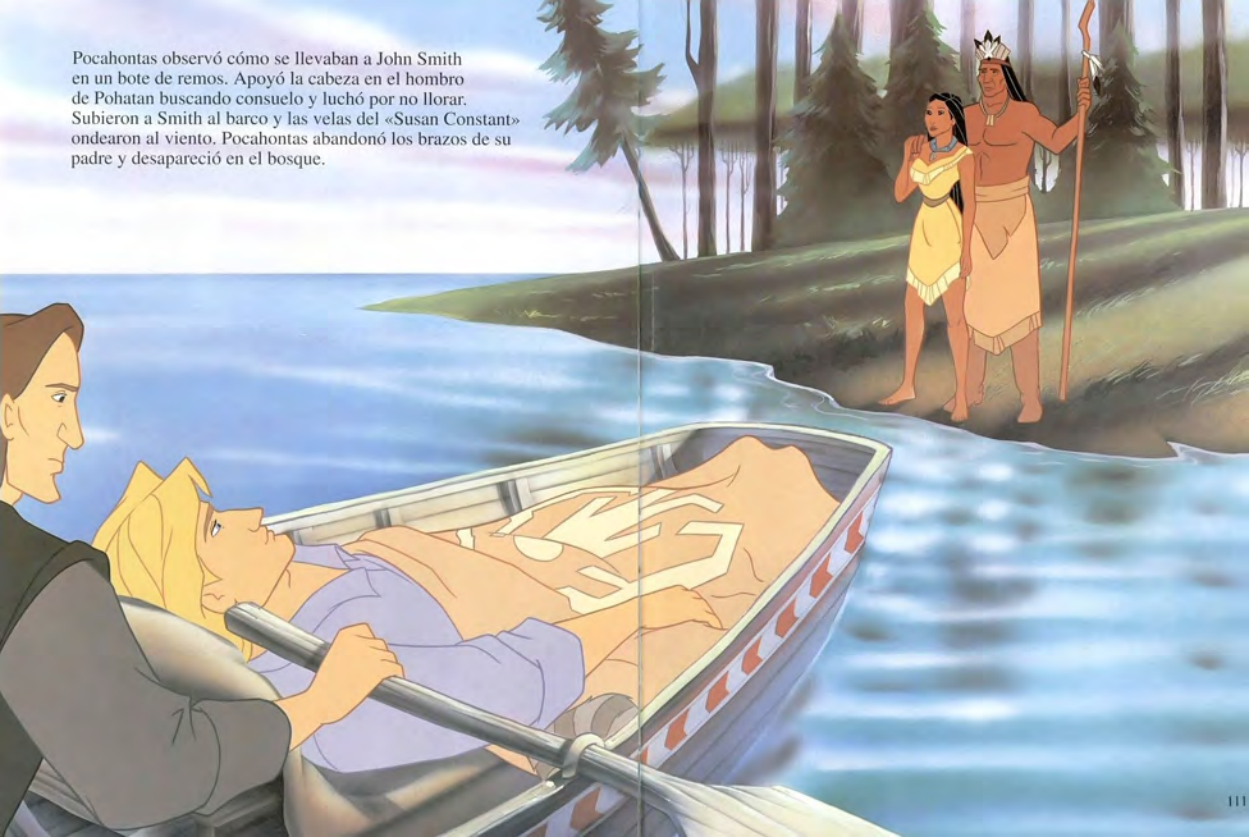


—Entonces, me quedaré contigo —susurró Smith.

—No. Tú debes volver —respondió Pocahontas—. No importa lo que suceda. Yo estaré contigo siempre. Pocahontas se inclinó y se dieron un último beso.



Pocahontas observó cómo se llevaban a John Smith en un bote de remos. Apoyó la cabeza en el hombro de Pohatan buscando consuelo y luchó por no llorar. Subieron a Smith al barco y las velas del «Susan Constant» ondearon al viento. Pocahontas abandonó los brazos de su padre y desapareció en el bosque.





Desde su acantilado favorito,
Pocahontas sintió cómo el viento
soplaba a su alrededor, arrastrando
el barco de John Smith río abajo,
en dirección al mar.

SEGUNDA EDICIÓN

© Disney

1995 EDICIONES GAVIOTA, S. L.

Manuel Tovar, 8

28004 MADRID (España)

Reservados todos los derechos

ISBN: 84-392-8449-7

Depósito Legal: LE. 1.678-2000

Printed in Spain - Impreso en España

Editorial Evergráficas, S. L.

Los Clásicos Disney

EDICIONES
Gaviota

Todos los títulos de esta magnífica colección, **Los Clásicos Disney**, ofrecen a los pequeños lectores la mayor selección de momentos e imágenes de cada éxito cinematográfico Disney. Con textos pensados para lectores ya iniciados, estos libros forman la más completa y atractiva biblioteca sobre películas Disney de animación.

Títulos de la colección

- La Bella y la Bestia, una Navidad encantada*
Mulán • Hércules • Pocahontas
El Jorobado de Notre Dame • Goofy e hijo
El regreso de Yafar • El Rey León
La Sirenita • La Dama y el Vagabundo
Aladdin • Bambi • 101 Dálmatas • Dumbo
La Bella durmiente • La Cenicienta
Los Aristogatos • Los Rescatadores
Oliver y su pandilla • Peter Pan
La Bella y la Bestia • El libro de la selva
Blancanieves • Robin Hood
Alicia en el País de las Maravillas
Tod y Toby • Tarón y el caldero mágico
Basil, el ratón superdetective
Merlín el Encantador • Pinocho
Los Rescatadores en Cangurolandia
El Rey León II - El tesoro de Simba
El Príncipe y el mendigo
La Navidad de Mickey • Tarzán • Dinosaurio

ISBN 84-392-8449-7



9 788439 284499